

**UNA MIRADA A LA CONDICIÓN DE POSITIVIDAD DEL AMOR Y EL SUICIDO
CONTENIDA EN EL WERTHER**

ANGEL DAYÁN DELGADO FLOREZ

**UNIVERSIDAD DEL CAUCA
FACULTAD DE HUMANIDADES
PROGRAMA: FILOSOFÍA DIURNA
POPAYÁN
2014-01-21**

**UNA MIRADA A LA CONDICIÓN DE POSITIVIDAD DEL AMOR Y EL SUICIDIO
CONTENIDA EN EL WERTHER**

ANGEL DAYÁN DELGADO FLOREZ

TRABAJO DE GRADO PARA OPTAR EL TITULO DE FILÓSOFO

DIRECTOR

Mg. JAVIER ORLANDO MUÑOZ

UNIVERSIDAD DEL CAUCA

FACULTAD DE HUMANIDADES

PROGRAMA: FILOSOFÍA DIURNA

POPAYÁN

2014-01-22

CONTENIDO

CONTENIDO...	Pág. 3
INTRODUCCIÓN...	Pág. 4
CAPITULO 1...	Pág. 6
CAPITULO 2...	Pág. 24
CONCLUSIONES...	Pág. 41
BIBLIOGRAFIA...	Pág. 43

INTRODUCCIÓN

El movimiento conocido como *Sturm und Drang* que recibe su nombre de una obra homónima escrita por Friedrich Maximilian Klingler y que surge en Alemania a finales del siglo XVIII, trajo consigo una nueva e importante manera de pensar la condición existencial y experiencial del individuo de su tiempo. Como contraposición a las fuertes limitaciones impuestas por el racionalismo ilustrado, este replanteamiento dio prioridad a aspectos totalmente diferentes de los convencionalmente observados, como por ejemplo: la reducción a sus justos límites del excesivo culto a la Razón que direccionaba no sólo la creación estética sino también el comportamiento individual, lo cual por supuesto no representa un abandono de la misma como quedará evidenciado en lo sucesivo en lo que hace a la creación misma. También se puede apreciar una portentosa reivindicación de lo sensitivo y lo emocional como fuente válida de inspiración, como patrón de medida, la creatividad desbordante y la exaltación de la subjetividad personal que se resiste a homogeneizarse con una sociedad descompuesta construyendo en su lugar, una estrecha y entusiasta relación con la naturaleza.

Aspectos tan relevantes como los mencionados están claramente desarrollados en el *Werther*, compuesto por el escritor Johann Wolfgang Goethe en 1774 quien es el abanderado y máximo exponente de la corriente literaria en cuestión. De conformidad con esa fuerte convicción que le otorga protagonismo a los sentimientos, el autor presenta en su texto de manera detallada la alta afectación que tiene el amor sobre la vida del personaje del mismo nombre, una vez que se ve alcanzado por su influencia. Así, en primera instancia, lo que me interesa es seguir el desarrollo de la idea de amor aquí presente con todas las implicaciones de su despliegue manifiesto. Para caracterizarla con precisión no puedo por menos que hacerlo contraponiéndola con la enseñanza que ya nos entregara Platón acerca del mismo tema, acentuando así no simplemente su diferencia con su contrapartida, también otorgando luz sobre lo que realmente le permite a Werther “esa faceta” que desde el “*Banquete*” y en cuanto que sometida puntualmente a la dualidad de la balanza de perspectivas, llega a representarse como nociva. Además de contar como un referente importante con la contribución hecha por el autor Rafael Argullol en su texto “*El héroe y El Único*”, acerca de la mutua oposición y complementación que puede llegar a ser determinante,

de los elementos trágico y heroico en lo que respecta fundamentalmente a la posesión que se sigue de la pasión amorosa como el objetivo más apremiante.

En el mismo nivel bajo la guía de Camus y cuando se ha llegado a este punto como una consecuencia directa de lo anterior, dilucidar la verdadera significación y los alcances del suicidio y/o llegar a su justificación. Para ello, tomo como elemento principal el tratamiento dado al concepto de lo absurdo en "*El mito de Sísifo*" para rastrearlo y ver su causalidad. Es decir, determinar su posible presencia en el contexto de la novela de tal suerte que me permita asegurar que es por su causa y no meramente por el amor, que se dan los desencadenantes de la crisis que conduce al acto suicida; lo que implica adicionalmente, restituir a su genuino valor a lo absurdo que es criticado y rechazado por Argullol como inútil e inoperante.

Todo ello hará posible el enlace preciso entre el amor y el suicidio tomados no a secas y con reserva, sino de tal manera que su enriquecida consideración revele la positividad contenida en los mismos en el nivel conjunto del pensamiento y la acción que se aprecian en el personaje en tanto plasmados por el autor como su idea de apreciación, que dice algo de la subjetividad propia de quien se encuentra y actúa bajo tales circunstancias.

CAPITULO 1

DE UNA IDEA DE AMOR DISTINTA A LA PLATONICA

Nunca es fácil establecer de entrada juicios que pretendan estar exentos del equívoco cuando se trata de considerar aspectos tan variables de la vida como son los afectos humanos. Esa pretensión puede estar fundada en la certeza de que estos afectos son en todas partes los mismos, que indudablemente los podemos ver manifestarse en la experiencia diaria en cada uno de los individuos que existen, y que por lo tanto son los mismos para todos. Sin embargo, la confianza en esto pasa por alto y a la ligera, la cuestión de que precisamente la manifestación de un afecto cualquiera no es exactamente la misma toda vez que se presenta en un individuo con cualidades específicas y bajo condiciones determinadas, y por lo tanto, no podemos medir sus efectos traducidos posteriormente en acciones de la misma manera. Lo que en realidad importa tener en cuenta es el entramado de contingencias que se despliega alrededor de quien se encuentra bajo la influencia de éste o aquel afecto, la forma en que puede potenciar o despotenciar para diversos propósitos tanto su cuerpo como su alma, es decir, todo aquello que habrá de seguirse a partir de esta situación y que puede acabar por intervenir no sólo su situación particular sino también sus relaciones para con el mundo exterior.

Pues bien, una pintura de este tipo de situación es la que podemos encontrar en la novela epistolar “*las desventuras del joven Werther*”, en la que se aprecia la puesta en escena de un sujeto que se sabe apresado por un sentimiento amoroso que no llegará a buen término, y por el cual, tendrá que ver frustradas todas sus aspiraciones vitales. En relación con esto, y adelantando las perspectivas que posibilitan entablar consideraciones sobre el asunto en la novela propiamente, Platón ofrece en el *Banquete* un primer análisis de los posibles efectos de las dos connotaciones que llega a presentar el amor. Esta dualidad de sentido viene justificada por la presencia de un dios que tiene la misma característica divisoria, inicialmente en el discurso expresado por el personaje de Pausanias: *Eros Uranio* y *Eros Pandemo*. Tanto uno como otro extienden al actuar de los hombres su influencia, la cual se encuentra en una balanza de acuerdo con el efecto de las partes. El primero, bueno y mesurado, implica el amor que se dirige al cultivo del alma o de las virtudes y por lo tanto es beneficioso; el segundo, que implica el amor sensual o del cuerpo es vulgar y pernicioso. Esa influencia se plantea en la forma de la

correspondencia y con una caracterización muy puntual, el primer *Eros* tiene un origen que sólo implica lo masculino y su consiguiente sentimiento se dirige por ésta vía; el otro, implica en su origen lo masculino y lo femenino e igualmente el sentimiento que de aquí parte seguirá el mismo camino. Esto significa que las atribuciones de uno y otro dios se adecuan a quienes albergan este o aquel amor, por lo cual el individuo así afectado se preocupa por buscar aquel otro ser que reúna las características englobadas por el sentimiento que lo mueve. Al punto, es conveniente señalar que evidentemente el contexto no es el mismo, no se trata de calificar como bueno o malo el sentimiento amoroso que toma curso en *Werther*, ni tampoco de fundamentarlo en una teogonía o calificar su presencia en él como una suerte de posesión divina, no, de lo que se trata es de la apreciación del aparecer de una repentina fuerza extraordinaria que provoca una violenta exaltación del ánimo. Entonces, así como en el *Banquete* se pone al dios como la causa de la revolución que tiene lugar en el interior del individuo, en el mismo sentido hay que atribuirle al entusiasmo *Wertheriano* ciertos aspectos propiciatorios que permitan entender su desenvolvimiento, o ciertas causas. Su origen viene motivado en cierta medida, por las condiciones del medio en el que se encuentra emplazada su existencia; pero también por la forma en cómo se halla constituido y dispuesto para recibir todas aquellas impresiones que le llegan del exterior, y así mismo, en la forma en que se conduce de acuerdo con ello.

Ahora bien, aquel joven pasa por ser alguien que de por sí, posee una elevada sensibilidad que lo hace convertirse fácilmente en presa de todo tipo de emociones que no pueden por menos que presentársele de la manera más vehemente; o quizás, es él quien intenta darles este cariz, como puede constatarse por lo dicho en la primera carta dirigida a su amigo Guillermo en la que se cuestiona “¡Oh! ¿Qué es el hombre, y por qué se atreve a quejarse? Quiero corregirme, amigo mío; quiero corregirme, y te doy palabra de hacerlo; quiero no volver a preocuparme con los dolores pasajeros que la suerte nos ofrece sin cesar; quiero vivir de lo presente, y que lo pasado sea para mí pasado por completo” (Goethe, 1999, p.6). Lo anterior lo pronuncia en la convicción de que las angustias se harían sentir menos en los hombres, si estos se preocuparan más de sobrellevar lo actual que de traer constantemente a la memoria el recuerdo de lo malo que haya acaecido. Y es importante resaltar cómo se propone conseguir esto, pues nada más que predisponiéndose voluntariamente a sacar el mayor provecho y placer emotivo de todo aquello que se le pueda aparecer en el presente; su posterior camino consistirá en “entregarse al *instante*”

en el mayor grado experiencial posible. Se tiene así un primer indicio por virtud del cual se logra vislumbrar el cómo se va haciendo un lugar o el cómo se lo permite al impulso amoroso para terminar posicionándose de manera completa en el ánimo Werther. Pero antes, hay que observar la situación previa al reconocimiento de la existencia del amor en él, la situación de Werther como hombre no enamorado, esto es, como estando fuera del alcance ejercido por la influencia de dicho afecto.

Por lo que se puede apreciar en sus primeras cartas, Werther no es simplemente un sujeto con una sensibilidad en grado sumo desbordada, más aun, es alguien con una aguzada capacidad intelectual, la cual le permite construir las más precisas y certeras reflexiones no sólo acerca del mundo que le rodea, del ambiente social, también sobre su situación de experiencia diaria. Tiene, sobre esa inclinación natural a la emotividad exaltada que lo conforma no un control total, más bien, una conciencia precisa de su potencial capacidad perturbadora "... echaba de menos un canto que me arrullase, y he encontrado en mi Homero más de lo que buscaba. ¡Cuántas veces templo con sus versos el hervor de mi sangre! Porque tu no conoces nada más desigual ni mas variable que mi corazón" (Goethe, 1999, p. 9). Es relevante, sin embargo, que haya decidido entregarse al goce a sabiendas de que la mencionada condición necesita hacerse con ciertos límites, pues sus consecuencias no pueden determinarse de modo preciso; aunque sus emociones lo conducen de aquí para allá, queda un pequeño resquicio por donde se hace perceptible que la capacidad racional todavía logra intervenir y gracias a la cual se rige; este resquicio no es otro que aquel que le permite enfocar sus objetivos inmediatos por senderos determinados. Esto es, desestimar en un determinado momento de su trance el ámbito literario como fuente ya inadecuada de placer vehemente, para ir en su busca en el ámbito práctico; claro está, que lo anterior puede dar pie a una suerte de paradoja, ya que en la correspondencia mantenida con su amigo se niega a seguir siendo animado por los libros porque reconoce que tiene bastante que hacer con su corazón tan excitado, y que por ende, precisa de paliativos para dominarse a sí mismo. Motivo por el cual podría interrogarse, luego, ¿a qué viene esa obstinación en dedicarse a mantener una situación que muy probablemente no le reporte ningún beneficio futuro, o inmediato como él pretende? Hablando con propiedad, no se trata en este punto de mantener una situación, ya que Werther no se encuentra a la zaga de lo placentero, pues sólo puede disfrutar de

eso actual en la medida en que se presenta a sus sentidos adecuadamente sin dejarlo escapar; o, en cuanto asume que ahí puede posarse una contemplación efectiva.

Aunque aquello represente una duda muy razonable, no hay que perder de vista la intención inmediata de expresar el paso de un estado o a otro (de no amante a hombre que ama) y que ello es lo que acontece con nuestro personaje cuando todavía no tiene nada que ver con el amor. Tal particularidad del no amar es, por ejemplo, mínimamente avalada en el primer discurso pronunciado por Sócrates en el *Fedro*, para luego ser desechada como inconsecuente y elevarse a la sublime defensa de la situación del hombre enamorado. En medio de la larga disertación contenida en su segundo discurso que no es procedente recapitular, es pertinente hacer un alto y preguntarse si efectivamente lo dicho por él momentos atrás del diálogo carece de toda validez.

El asunto lo postula de este modo:

Que el amor es un deseo, es una verdad evidente: así como es evidente que el deseo de las cosas bellas no es siempre el amor. ¿Bajo qué signo distinguiremos al que ama y al que no ama? Cada uno de nosotros debe reconocer que hay dos principios que le gobiernan, que le dirigen, y cuyo impulso, cualquiera que sea, determina sus movimientos: el uno es el deseo instintivo del placer, y el otro el gusto reflexivo del bien. Tan pronto estos dos principios están en armonía, tan pronto se combaten, y la victoria pertenece indistintamente, ya a uno, ya a otro. Cuando el gusto del bien, que la razón nos inspira, se apodera del alma entera, se llama sabiduría; cuando el deseo irreflexivo que nos arrastra hacia el placer llega a dominar, recibe el nombre de intemperancia... Cuando el deseo irracional, sofocando en nuestra alma este gusto del bien, se entrega por entero al placer que promete la belleza, y cuando se lanza con todo el enjambre de deseos de la misma clase sólo a la belleza corporal, su poder se hace irresistible, y sacando su nombre de esta fuerza omnipotente, se le llama amor. (Platón, 1871, p. 278)

La caracterización es muy precisa, no ama quien es regido por el gusto reflexivo del bien, y ama quien se rige por el deseo instintivo del placer. Pero Werther es un no amante que en virtud de su gran sensibilidad, la cual le permite vislumbrar mundos pequeños por doquier, esto es, en tanto cada vistazo a ciertos paisajes le permite no sólo representarse sino también intuir una dimensión llena de enigmas seductores, siente que puede abandonarse a ellos en un éxtasis contemplativo. Lo que entraña una diferencia importante con relación al principio que debería gobernar a quien no ama, puesto que Werther se da a una relación de contemplación como lo primero, sí, pero una vez que se ha dejado invadir hasta el fondo de su ser por las sensaciones

experimentadas y atrapado en el torbellino de la emotividad, queda excluida casi que por fuerza cualquier otra consideración, como se puede observar por lo que sigue:

... amigo mío, si los primeros fulgores del alba me acarician, y el cielo y el mundo que me rodean se reflejan en mi espíritu, como la imagen de una mujer adorada, suspiro y exclamo: “¡Si todo lo que dentro de mí se agita con tanto calor, con tanta exuberancia de vida, pudiera yo extenderlo sobre el papel, convirtiendo éste en espejo de mi alma, como mi alma es espejo de Dios!” Amigo... Pero me abismo y me anonada la sublimidad de tan magníficas imágenes. (Goethe, 1999, p. 8)

Si habláramos de un propósito claramente determinado, como por ejemplo, la búsqueda y aprehensión conceptual de contenidos objetivos que sólo saldrían a la luz mediante un análisis o proceso de reflexión riguroso, cabría sospechar que hay una intención subrepticia de extraer algo concreto de ese tipo de visiones en medio de tanto dramatismo, y sin embargo, tal intento, si lo hay, se derrumba ante la sublimidad de las imágenes apreciadas. De tal suerte que, si existe una intención específica que trata de hacerse con su sitio, ella no sería otra que la que busca contribuir a la satisfacción de los sentidos, de su espíritu, y que se evapora tan pronto como se completa, no existiendo en este hombre sin amor una preocupación por el bien que tendría que ser comúnmente observado por cada hombre en tanto que ser racional, al que se alude en ese primer discurso de Sócrates en el *Fedro*. De conformidad con esta última perspectiva, podría verse en este comportamiento una actitud evidentemente egoísta que pervierte o desvía las verdaderas metas que se debieran de observar, avocándose a elecciones personalísimas cuyo provecho o enriquecimiento hacia el exterior, no se puede sopesar. No se puede por la misma razón de que Werther no es plenamente consciente de ello, es más, no tiene en cuenta los efectos que tendrán lugar sobre el exterior en tanto no representa para sí un patrón general que no pueda ser evitado; lo que obtiene de ese tipo de situaciones no es algo que pueda ser en lo sucesivo puesto al alcance de cualquiera, o ser abandonado a su suerte en el curso de los acontecimientos, no, nada de esto tiene sentido, ya que la evanescencia de las “significaciones” y de las experiencias mismas que las contienen no deja rastro alguno tras de sí en su entrada y salida del ánimo de Werther.

Entonces, tenemos de esta manera cierta claridad sobre la inexorable ausencia de propósitos futuros y/o prácticos hacia el exterior con relación al “resultado” de las experiencias emotivas a las cuales se entrega Werther de una manera muy comprometida, y a su vez, una posible

explicación sobre la manera en que muy presumiblemente le va abriendo paso al sentimiento amoroso. Como ya se dijo más arriba, su naturaleza personal le hace ser fácilmente impresionable con respecto a las situaciones más diversas y altamente significativas, las cuales generan en su interior sensaciones que las mas de las veces, ocasionan que su ánimo se arrebate con fuerza en medio del estado de excitación. Luego era previsible que sucediera algo similar cuando apareciera un determinado afecto, en este caso, el amor; y es así, que éste se presenta de manera espontanea ante la visión de la belleza encarnada en la figura de una mujer que observa por primera vez. Pero más que presentarse es un darle trámite despreocupado de las consecuencias, ya que Werther es advertido, antes de conocer a quien será la fuente sus impulsos mas contradictorios, de evita albergar sentimiento alguno hacia ella; esto es, se evidencia de entrada la circunstancia del no-amor.

Pero antes, debemos volver a Platón y retomar esa división que introduce *Pausanias* en el diálogo y que pareció quedar en el aire. Ciertamente, se evidenció que no era posible caracterizar el entusiasmo *Wertheriano* de la misma forma en que se explica en el *Banquete* como siendo una posesión divina del *Eros*, al contrario, éste debe entenderse como una fuerza o impulso delirante que se apodera del sujeto y que opera cambios en él. Mas sin embargo, ateniéndonos a esa división es preciso puntualizar cual de los dos impulsos, el de tipo vulgar o el de tipo virtuoso, es el que posee la característica del delirio, o si podemos hallarlo en ambos. No se necesita dar muchos rodeos para constatar que el amor generado por el impulso denominado pandémico es de orden perturbador, es decir, que todo aquel que se encuentre invadido hasta el fondo de su ser por esta fuerza llevará a cabo las acciones más funestas. El establecer una suerte de patrón de medida para las acciones, es lo que representa la cuestión principal dentro de la historia de Werther en cuanto enfrentado a la imposibilidad del amor y la posesión del objeto de sus deseos, y lo que constituye a su vez, el punto medular de las consideraciones de esa parte del dialogo.

El patrón general que utiliza *Pausanias* para medir las acciones de los individuos “inspirados” es el bien, que se fundamenta en último término en la prosecución de la belleza. “Toda acción se comporta así: realizada por sí misma no es de suyo ni hermosa ni fea, como, por ejemplo, lo que hacemos nosotros ahora, beber, cantar, dialogar. Ninguna de estas cosas en sí misma es hermosa, sino que únicamente en la acción, según como se haga, resulta una cosa u otra: si se hace bien y

rectamente resulta hermosa, pero si no se hace rectamente, fea” (Platón, 2003, p. 205). Así pues, es la observancia de esta regla moral la que determinará si las acciones del sujeto inspirado se ajustan o no, al superior primado de la belleza. De tal suerte que, no simplemente por su origen sino también por las acciones a las que compromete, en tanto es un amor del cuerpo que se desprecia por su tono vulgar, es el impulso pandémico el poseedor de la connotación delirante que arrastra a los hombres a su perdición. ¿Pero qué se puede decir de su contrapartida, del impulso uránico que representa el amor de las virtudes y la inteligencia y que es ponderado como una suerte de sendero correcto para acercarse a la belleza? ¿Deberá afirmarse sin más, que esta forma de amor hallase excluida de entrada del ámbito del delirio sólo porque procede de conformidad con el bien? Si es deber atenerse con rigor al diálogo, no puede negarse que tanto en un lado como en el otro, se trata de la manifestación y presencia de una fuerza (un dios) que obra contra la voluntad del individuo que se supone no es dueño de sí mismo. Pero en definitiva, no es útil ni resulta adecuado juzgar a la primera por su “maldad” y a la segunda por su “bondad”; debe tratar de eludirse en la medida de lo posible, la tentación de tomar la condición del delirio bajo los parámetros morales y atender más bien, a su eficacia o ineficiencia si queremos entender la relación que guarda con las aspiraciones que alberga Werther y con sus posteriores acciones. El paso de un estado a otro (de no-amante a amante) es ciertamente inmediato, aunque lo relevante es el hecho de que, de entrada, tiene ante su razón la evidencia inexpugnable acerca de la imposibilidad de que el sentimiento amoroso deba y pueda desarrollarse satisfactoriamente.

Aun así, es él mismo quien a pesar de la advertencia permite que el mencionado sentimiento se apodere de su completa persona. La cuestión principal por el momento, estriba en indagar el por qué de esta primaria resolución y esta vez, si, el consiguiente mantenimiento de una situación aparentemente desfavorable. El seguimiento de tal interrogante va a permitir puntualizar algunas cosas: la primera será determinar el tipo de inclinación que de acuerdo a lo expuesto en el *Banquete*, llegaría a motivar y fundamentar las acciones de Werther; y la segunda, encuadrar una de las figuras arquetípicas descritas por el escritor Rafael Argullol en su texto “El Héroe y El Único”, en este caso la del enamorado, de conformidad con la connotación trágica que se haya presente tanto en la lírica como en el pensamiento del movimiento romántico para conducir posteriormente hacia éste plano lo planteado en el texto goethiano.

Pues bien, justificado tal vez en la barrera ineludible que lo separa de la mujer a quien desea, puede determinarse su amor como siendo de corte uránico, el cual se asienta en la complacencia contemplativa de todas aquellas excelsas cualidades que otorgan el complemento perfecto a la belleza y que representan para Werther, la fuente de sus mayores alegrías. Ciertamente esa momentánea situación de felicidad tiene efectos importantes sobre su persona, al punto de que éste descuida y torpedea casi que por completo labores que de ordinario entretienen su espíritu:

Dado el interés que manifiestas en que no descuide el dibujo, casi preferiría callarme a decirte que desde hace mucho tiempo apenas me he ocupado de tal cosa. Jamás he sido tan feliz; jamás me ha impresionado la naturaleza tan profundamente: hasta una piedrecilla, un tallo de hierba..., y, sin embargo, no sé cómo expresarme. ¡Mi imaginación está tan débil! Todo vaga y oscila ante mí de tal modo, que ni siquiera puedo captar un contorno... Tres veces he comenzado el retrato de Carlota, y las tres me ha salido mal. (Goethe, 1999, p. 43)

Es relevante observar la contraposición de efectos que tiene lugar por virtud del amor. Siendo un hombre con una importante agudeza intelectual, se ha volcado a la completa inactividad. Aun cuando no fuera propiamente un hombre de acción, en tanto que se halla dedicado a las labores intelectuales, ha permitido que estas entren en el ámbito de la infructuosa pasividad.

Evidentemente, no ha sucedido nada con relación al cuerpo, pero en lo concerniente a su alma es del todo evidente que se ha operado un cambio, ha ocurrido lo que se denominaría desde Platón, una despotenciación. La presencia permanente de la imagen de la mujer amada, se ha anclado a su mente de tal manera que no logra precisar otra cosa; todo lo que construye y piensa sólo se explica necesariamente por relación a ella.

Más de una vez me he propuesto no verla tan a menudo, pero ¿quién podría cumplirlo? Todos los días me vence la tentación, y todos también me digo a mí mismo solemnemente: “Mañana no iré”; pero, cuando mañana se vuelve hoy, hallo un nuevo y poderoso motivo que me conduce a su casa antes de haberme dado cuenta de ello. Ya porque me ha preguntado por la noche si nos veremos al día siguiente, y sería una grosería no ir; ya porque me ha hecho algún encargo y quiero yo mismo decirle el resultado; ya porque, estando la mañana deliciosa, me voy a Wahlheim, desde donde sólo falta media legua para llegar a su casa, y su atmósfera me atrae..., ¡zas!, me planto allí de un brinco. (Goethe, 1999, p. 44)

La condición delirante inherente a la inclinación amorosa se ha apoderado por completo de él, la felicidad suprema por los sentimientos que se han despertado, lo mueve de aquí para allá sin

concierto alguno y sin que pueda ocuparse con eficiencia en nada de lo que antes hacía. A lo único que se dedica con devoción y sin preocupación, es a alimentar el sentimiento que lo sojuzga mediante el contacto con la mujer que ama y con todo aquello que a ella se refiera. Cada palabra, cada gesto o acción suya, son puestos en una dimensión mucho más amplia y significativa dejando una honda impresión en Werther, a tal punto, que ya se juzga más valioso como persona a sus propios ojos. Tal vez en este tramo llegue a suscitarse el interrogante de si en verdad ha de catalogarse como una verdadera despotenciación el inicial sentimiento amoroso de Werther, teniendo en cuenta que se lo toma en este punto desde la perspectiva platónica y como estando emparentado con el impulso uránico amoroso. Pues aunque ello es así, es necesario señalar que la despotenciación aludida que evidentemente no puede englobarse bajo la denominación de lo uránico, no tiene en cuenta su relevancia dentro de la perspectiva antes mencionada, antes bien, tiende a observar lo que acontece con la cuestión de la acción del individuo en relación con el amor indistintamente tomado. Entonces, con el preciso reconocimiento de que ese amor lo hace extraño para sí mismo, se le ha impuesto a Werther el penoso conflicto de tener que decidir entre darse por entero a un sentimiento sin objeto alguno pero que le causa una gran felicidad y enriquece algunas de sus experiencias más íntimas, o el tratar de refrenarlo.

Este individuo emprendió el camino para alcanzar un objetivo que desde mucho antes estaba revelado como imposible. En un confiado acto de su voluntad construyó un fuerte y sincero apego emocional ahí donde no debía hacerlo. Se origina de este modo, un sentimiento que puede emparentarse con el amor uránico en Platón, el cual pone toda su atención en las cualidades y virtudes del ser amado que llegan a representar la máxima belleza. “Carlota es sagrada para mí. Todos los deseos se desvanecen en su presencia. Nunca sé lo que experimento cuando estoy a su lado: creo que mi alma se dilata por todos mis nervios” (Goethe, 1999, p.41). Por sus mismas palabras, se puede apreciar el nivel de sus aspiraciones hacia Carlota, y aun así, se alcanza a intuir la existencia de una delgada línea que separa a los sentimientos más puros de las pasiones más vehementes. El delirio amoroso aparte de incitarlo a nadar contra la corriente, ocasiona que Werther llegue por momentos a figurarse y estar extrañamente convencido de que es correspondido en sus sentimientos. Con todas las perturbaciones que lo atraviesan, no deja de ser importante que logre percibir con una gran claridad las condiciones de su actual estado de

existencia, ya que por sus notas escritas, está a su alcance el reconocimiento efectivo de todos sus pasos y la angustiada certeza de que todo ello escapa a sus manos y a su control.

Es de ésta manera, la cual se refiere a las contradicciones a las que se encuentra enfrentado nuestro personaje, como el inicial impulso uránico de amor va perdiendo su cualidad pareciendo transmutar hasta alcanzar la forma de su contrario, así como también, la apreciación plena (que debió aceptar desde un principio) de la imposibilidad de su propósito inmediato. Aunque ésta intención “deleznable” trata de ser disimulada por Werther, es muy evidente que en todas sus acciones y consideraciones, puede intuirse el progresivo acrecentamiento de una inclinación que se agita en su interior de manera tempestuosa en un esfuerzo supremo por manifestarse. Lo que se hace actual a partir de este momento, no es simplemente la pasión propiamente dicha existente en él, también se muestra en toda su magnitud ese vacío desolador que lo separa de sus intenciones pero que al tiempo ocasiona que se empeñe en mantener la situación que percibe con toda certidumbre.

Esa pasión amorosa que se ha revelado como ineludible tiene un desarrollo bastante interesante en Schopenhauer, el cual puede resultar bastante apropiado en este tramo en la medida que representa un punto de inflexión por la marcada diferencia que tiene en comparación con el texto platónico y por la oportunidad que entraña de hacer surgir algunas consideraciones más variadas con respecto a lo dicho hasta el momento. La intención de este autor radica en desmarcarse de Platón acentuando el carácter “real” de la explicación de la “pasión amorosa”, pues en sus términos éste último es “quien se ocupó más del amor, pero lo que dijo acerca del asunto entra en el dominio de los mitos, fábulas y juegos de ingenio, y sobre todo concierne al amor griego”.

Pues bien, lo relevante de la exposición hecha por Schopenhauer en la primera parte de “El amor, las mujeres y la muerte” estriba en la necesidad de restringir a sus justos límites la comprensión de lo que es el verdadero amor. Este no es otra cosa más que una pasión, un deseo con realidad y conforme a la naturaleza que puede llegar bajo ciertas circunstancias a crecer y superar por su violencia a las otras pasiones que de ordinario se le presentan al hombre. La reducción del amor a la sola pasión tiene por objetivo descender el velo que cubre la real forma

de las inclinaciones humanas “Toda inclinación tierna, por etérea que afecte ser, sumerge todas sus raíces en el instinto natural de los sexos, y hasta no es otra cosa más que instinto especializado, determinado, individualizado por completo” (Schopenhauer, S.F., p.8).

Lo anterior sólo apunta a la especial consideración del amor como siendo el más poderoso de todos los resortes y cuyo fin es la procreación; ello sustentado en el hecho de que se requiera ante todo en el comercio amoroso de los amantes, la posesión y el goce físico. Con esto se hace a un lado la atención excesiva prestada a ese amor uránico existente en Platón y que es de la máxima importancia, poniendo los ojos sobre la parte al parecer vulgar y sobre su verdadero propósito.

Entonces, habiendo dejado claro que el real objetivo de la pasión amorosa es la procreación, se procede con su explicación. De este modo, encontramos expuesta de primera mano la relación de los padres que confluyen con una sola intención en la cual ponen todo su empeño: la combinación de la generación futura; de esa existencia nueva y particular que aun se encuentra en suspensión en tanto sería “...una idea platónica, y como todas las ideas hacen un esfuerzo violento para conseguir manifestarse en el mundo de los fenómenos, ávidas de apoderarse de la materia favorable que la ley de causalidad les entrega como patrimonio, así también esta idea particular de una individualidad humana tiende con violencia y ardor extremados a realizarse en un fenómeno” (Schopenhauer, S.F., p.15). Es a partir del instante en que los padres se encuentran y se ven por primera vez, que ese germen nuevo que está en el fondo de la esencia humana comienza a latir; mas sin embargo, el motivo que lleva a los dos individuos a encaminarse hacia el mencionado propósito no radica en una actitud intencional propiamente dicha, antes bien, se trata de un comportamiento puramente instintual que pasa por ser un acto consciente de la voluntad humana.

Ciertamente son ellos los que llevan a cabo el acto procreador en la convicción de que sólo atienden a la consideración particular más inmediata, esto es, la prosecución del placer que prometen los sentidos sin darse cuenta de que ese instinto no es otra cosa que una ilusión construida por la naturaleza para lograr que el individuo obre según los fines de ella. En el momento en que éste cree obedecer a sus propios deseos se convierte en un esclavo inconsciente de la naturaleza a la que sólo le interesa el bien de la especie, que a sus ojos tiene un derecho

anterior sobre el individuo del cual puede llegar a prescindir. Aunque se trata de una relación de dos, cada cual, guiado por ese instinto ilusorio y apoyado en el sentido de la belleza gracias al que se restablece de nuevo en todas partes el verdadero tipo humano, debe buscar aquel otro ser cuyas cualidades respondan mejor a las suyas propias. “El entusiasmo vertiginoso que se apodera del hombre a la vista de una mujer cuya hermosura responde a su ideal y hace lucir ante sus ojos el espejismo de la suprema felicidad si se une con ella, no es otra cosa sino el sentido de la especie que reconoce su sello claro y brillante, y que apetecería perpetuarse por ella” (Schopenhauer, S.F., p.20).

Todas las consideraciones de tipo relativo que puedan presentarse no se explican más que por este hecho, por ese comportamiento instintual que guía a cada quien en la elección atenta y particular de la persona amada, el cual debe surgir para evitar que el hombre entregado a sí mismo y atendiendo únicamente a sus motivos egoístas, se encuentre dispuesto a desconocer o resistirse a los mandatos de la naturaleza. Luego la búsqueda que emprende el sujeto para hallar a ese otro ser viene motivada por la voluntad de la especie que habla a través de él mediante el instinto. Voluntad de vivir que es en sí misma un deseo de carácter metafísico que busca objetivarse en un individuo exactamente determinado y que opera más en el ámbito sensitivo/emocional que en el ámbito racional. Con esto se entiende mejor la diferencia de su consideración ante Platón, puesto que en ningún lugar donde se desarrolle la pasión amorosa se encontrará rastro del elemento racional que tiene que intervenir necesariamente en el amor uránico; aquí al contrario que allá, se trata exclusivamente del deseo irrefrenable que acerca uno al otro a dos individuos del sexo opuesto con la intención de engendrar.

Pero hay que aclarar que la búsqueda del otro y su posterior presencia no implican de antemano la existencia del verdadero amor apasionado, al contrario, éste germina cuando se corrobora que en efecto la persona elegida tiene las condiciones requeridas. El capricho de la voluntad de la especie que determina si los amantes habrán de servir a sus propósitos va más allá de la mera procreación, y apunta también a la calidad de ese próximo ser. Como la búsqueda se realiza en aras del mencionado propósito, se entiende que cada constitución sexual es una parte incompleta e imperfecta del todo sexual, razón por la cual el otro elegido tiene que representar el complemento natural de su contrapartida, concluyendo y neutralizando sus defectos de tal suerte

que se compensen de modo preciso. Esta neutralización de las dos individualidades una por otra es la única condición para que exista una inclinación apasionada, a partir de aquí, la pasión se eleva en su grado en la medida en que es más individualizada; o lo que es lo mismo, en la medida en que el hallazgo es más inusual. Se podría preguntar, luego sino son lo mismo qué es lo que diferencia a esta pasión del amor pandémico platónico, y la respuesta sería que la pasión amorosa descrita por Schopenhauer compromete al cuerpo ciertamente, pero se encamina en su búsqueda hacia “uno solo” con la intención de *crear* un ser nuevo que reproduzca en su mayor perfección posible el verdadero tipo humano, y el puro instinto sexual vulgar de esta referencia que nos ocupa tiende más bien a todos los individuos preocupándose sólo de la cantidad y no de la calidad que es lo realmente importante en última instancia; aspecto éste que entraña cierta similitud con lo que sucede en Platón, donde el amor pandémico no representa otra cosa más que una simple satisfacción de los sentidos en la posesión del cuerpo de la persona amada momentáneamente y considerada indistintamente.

Es el empeño que se pone en realizar la voluntad de la especie, ese aparente “desinterés” en el obrar que elude las consideraciones personales egoístas lo que le otorga justificación y una apariencia sublime al amor apasionado aquí planteado. Pero éste tiene el mismo destino que la ilusión que lo hace surgir, puesto que una vez cumplido el propósito de la naturaleza y completada la posesión del otro, decrece y se disipa todo el maravilloso mundo que se había levantado en frente del amante, de forma tal que el sujeto en cuestión queda “liberado” y abandonado a su suerte sorprendiéndose de no encontrarse más feliz que antes y con el profundo apercebimiento de la sensación de desposesión que es todo lo que realmente le queda. En suma, la gradación que pueda presentar la pasión amorosa “...desde el capricho más fugaz hasta la pasión más seria- es, en verdad, para cada uno el mayor negocio, es decir, aquel cuyo éxito bueno o malo le afecta de la manera más sensible” (Schopenhauer, S.F., p.58) puesto que no sólo ha puesto de sí el mayor empeño e interés, sino porque además la voluptuosidad de los sentidos representa un asunto muy serio en cuanto que pone en juego la constitución definitiva de los individuos que entrarán en el escenario de la existencia. De ello se desprende el que la mayoría de las veces el amor que impulsa a los sujetos, al alcanzar determinada intensidad y no pudiendo ser satisfecha, ocasione que los bienes del mundo e inclusive la vida misma pierdan su valor y que éste o aquel desdichado se encuentre dispuesto a sacrificarlo todo por la persona que ama, ya

que es la parte inmortal de su ser quien anhela a ese otro elegido. Esa parte inmortal no es otra que el ser en sí cuya indestructibilidad viene garantizada por su presencia idéntica en todos los individuos, constituyéndose en la esencia íntima que se encuentra en el fondo de la existencia; libre del principio de individuación y que aspira con violencia a la vida y a la duración.

¿Pero qué se puede decir de la situación de nuestro personaje con relación a lo que ha sido expuesto por Schopenhauer? ¿Qué tanto podemos encontrar de esto en las consideraciones que atañen al desarrollo de la historia? Lo que se planteó en páginas anteriores fue la intención de indagar inicialmente el por qué se mantiene una situación, el seguimiento obstinado de la pasión amorosa; dicha indagación nos permite ahora conectar y entrar a analizar la figura del enamorado que se desenvuelve dentro de la concepción trágica que es inherente al pensamiento romántico y que justifica o explica en cierto modo, el primer interrogante en tanto que es retrotraído a este plano como uno de sus principales fundamentos. Con respecto a la situación que ocupa el enamorado dentro de la poesía trágica romántica, basta con decir provisionalmente, que se ubica en la temática al parecer perseguida por casi la mayoría de los poetas del movimiento: la relación contradictoria entre el *Héroe* y el *Único*; o en otros términos, entre su subjetividad y la aspiración a una unidad opuesta a la realidad de la época. Esta primera figura que se nos muestra, este héroe romántico es la proyección del poeta que representa sus más profundos pensamientos y su actitud frente a dicha realidad. “Como en toda tradición trágica, hay una auténtica identificación entre el artista y los personajes en los que aquél refleja su propia circunstancia existencial e histórica... El artista romántico acostumbra a representar un mundo en el que él mismo mediante su *alter ego*, el protagonista, se enfrenta al mundo de la realidad” (Argullol, 1982, pp.271-272). Por el momento es preciso tener en cuenta que dicha representación es una forma en que se enfrenta esa tensión dialéctica entre el *Héroe* y el *Único*. De una parte, la fabulación creada por el poeta mediante la imaginación, de una suerte de mundo ideal que tiene su referente en una Grecia arcaica, esto es, una “Edad de Oro” como paradigma de la existencia del *Único* en donde había una perfecta armonía entre lo divino y lo humano. Después de su “caída”, el interés de los poetas románticos radica en su aspiración de volver a ese estado de unidad. Esa concepción de un estado ideal previamente existente es opuesta al estado real de cosas desde el cual se habla; oposición que se mueve dentro del marco de resurgimiento del “Yo” propio de ese periodo histórico. Así pues, las elevadas consideraciones del Yo chocan con la

realidad de su tiempo de la que se siente un extranjero; antes que resignarse a aceptar los caprichos del destino y de la sociedad, se afianza en el mantenimiento enérgico de su individualidad oponiéndose con ello al espíritu colectivo y nadando contra la corriente. Ante la sociedad a sus ojos decadente opta por darse a la búsqueda de ese otro mundo que pueda subsanar la “limitación de lo real”. Esta consideración pesimista por principio es el punto de partida de ese *Yo Heroico* fundamental que quiere ir más allá de lo que se muestra a sus ojos; mas allá de las barreras sociales impuestas y de los límites sancionados por la razón ilustrada.

Todas las figuras de los héroes románticos se relacionan con el *Único* desde diferentes perspectivas pero con un propósito confluyente: alcanzar, mediante el derrumbamiento de todos los obstáculos, no sólo el conocimiento máximo del Todo sino también una sensación de plenitud en la más absoluta comunión con él.

Toda la aventura de aquellos héroes se juega en este intento, violento por lo demás, de escapar de la cárcel que recorta sus fuerzas, y se sustenta en último término en el juego heroico-trágico que se sigue de ello. Schopenhauer acierta al calificar como pasión amorosa al sentimiento irrefrenable “que en su caso”, acerca a dos individuos distintos en aras de conseguir un propósito elevado que los supera; así como en señalar la sensación desoladora que se apodera de aquel que ha logrado obtener lo que anhelaba y que ahora se encuentra desengañado al darse cuenta de que se ha quedado sin lo que antes buscaba. Mas sin embargo, la pasión amorosa romántica no tiene por objeto la procreación que se preocupa por un bien común como la suerte de la especie en la generación venidera. El interés del enamorado romántico consistiría en acercarse lo más posible a la Belleza esencial que reside en ese *Único*, para alejarse de la Nada en la que se encuentra sumergido y que impide que su existencia tenga valor o sentido alguno.

Esta sensación de nulidad de un asidero personal es claramente perceptible en Werther, en donde la permanente búsqueda de plenitud que no logra ser completada, vuelca su mirada hacia el amor como otra alternativa en el proceso de acercamiento hacia la conformación de ese estado de plenitud. En este punto comienza a hacerse más claro el interrogante inicial de sustentar el por qué este individuo se daba por entero al mantenimiento obstinado del sentimiento amoroso que no sólo era imposible, sino que además no le reportaba aparentemente ningún beneficio.

Pues bien, es sabido que aun antes de que se lo pudiera calificar propiamente de enamorado, Werther ya contaba en su ánimo con una disposición natural a buscar todo aquello que pudiera ser gozado y que fuera placentero. Esto con la más absoluta seguridad, lo lleva a cabo para enriquecerse personalmente en espíritu de conformidad con una sensación de plenitud pero también, para desprenderse (aunque fuera momentáneamente) de los lazos que lo atan a individuos que malgastan sus vidas persiguiendo propósitos inútiles acentuando así su diferencia con respecto a ellos. Este camino que en esencia significa la adopción de una actitud rebelde y que avala lo emotivo como una manera adecuada de conducirse en la vida, lo lleva ante la presencia de la belleza femenina que le da trámite instantáneo al amor como la senda definitiva para alcanzar sus desbordados e “infinitos” anhelos.

Lo que motiva a los distintos arquetipos del héroe romántico es en todo momento la búsqueda y defensa de la identidad que implica en último término, la circunstancia de tomar la vida como una bendición cuando sus circunstancias son una maldición mediante la voluntad autocreadora que se opone a la disgregación de la Nada. Esta voluntad de acción, de no renuncia, viene confirmada por la pasión como su consecuencia más inmediata. Pero así como encuentra en la belleza y el amor, el campo de prueba más apropiado para llevar a cabo todas sus pretensiones, es la pasión misma quien le muestra la verdadera cara de la situación. En la medida en que más cree estar cerca de lo que quiere poseer, mas le es clara la certidumbre de que no puede haber una posesión efectiva. De esta suerte, se encuentra ineludiblemente dentro de la oposición dialéctica de constante afirmación y negación. Aunque esta pasión que se utiliza como arma en la lucha y como un puente que se tiende entre el *Héroe* y el *Único* es diametralmente distinta a la pasión que predomina en la balanza platónica de los primeros discursos del *Banquete*, puesto que “el amor platónico es totalmente antitragico porque renuncia al placer para evitar el dolor; el amor romántico, por el contrario, asume a uno y a otro como hermanos inseparables. El primero rehúye la *consumación* amorosa; el segundo, no” (Argullol, 1982, p.281). En un mundo perpetuamente hostil, en el cual se encuentra sometido a fuerzas externas que niegan su identidad y sintiéndose un mendigo en palabras de Argullol, el enamorado romántico se da un objetivo que logre elevarlo por sobre tal situación, esto es, quiere lograr la posesión del objeto de sus deseos que viene a representar una prolongación terrestre de esa Belleza esencial en cuanto depositaria de todas sus esperanzas.

Esa posesión en cuyo cumplimiento alcanza a vislumbrar la máxima felicidad y refulgir de la vida, que le permitiría derrumbar la frontera entre la plenitud y la Nada, le muestra la cara de la desposesión y la caducidad de toda acción. De esta forma puede comprobar la inevitabilidad y necesidad del dolor situado al costado del placer asumiendo con ello su mutua oposición. Y no sólo eso, también llega a percibir la presencia permanente y acechante de la muerte; la sensación de caducidad que sale a su paso y a la que trata de resistirse:

Rasgo principal y punto de partida del Yo heroico romántico es su apercebimiento profundo de la condición mortal del hombre: el insuperado sentimiento de muerte, más allá de toda esperanza, preside el clima de cualquier obra romántica. Belleza, amor, vida, sueño, arte... nunca dejan de estar acompañados por este sentimiento que, más que de "muerte física", es de imposibilidad de inmortalidad, de "no poder amar y vivir como un dios". Ello quiere decir que para el romántico la única probabilidad de plenitud –es decir, de lo que, como paradoja, puede calificarse de mortal inmortalidad- reside en la acción que, en sí misma, sea capaz de crear un muro, inevitablemente provisional, a la labor de la caducidad. (Argullol, 1982, p.272)

En la acción que lleva a cabo mediante la fuerza de su voluntad para oponerse aunque fuera momentáneamente a dicha sensación, comprueba que no puede eludirla y que su influencia es muy amplia. Por ello, sintiendo este poder aplastante de la muerte se levanta heroicamente en un intento desesperado de tan siquiera rozar la infinitud por medio del acto de amor. Esta acción es la confesión definitiva de su apuesta, de esa apuesta que se vuelve paradójica, tanto por la vida como por la muerte, e igualmente la aceptación total de su juego trágico-heroico. Mas sin embargo, y esto es de la máxima relevancia, la mujer amada no es realmente el "objeto" de su amor, antes bien, lo que él ama es su propia construcción proyectada sobre ese objeto; en suma, no es más que una evocación de su anhelo desbordado y abstracto en el cual ve una pequeña posibilidad de materialización. De ahí la relación tan cercana y angustiosa con la muerte: "el enamorado romántico está tan conmovido por la posesión de la belleza –y por el odio de percibir su inaccesibilidad- que se siente incitado a destruirlo o a ser destruido por ella" (Argullol, 1982, p.286). Si a partir de Platón podemos afirmar que hallase despotenciado aquel que ha sido cobijado con el sentimiento pandémico de amor, en cuanto se dirige precipitadamente al objeto de sus deseos de modo irracional y del que no puede obtener nada provechoso, luego sería cierto que Werther se hace partícipe de esa debilidad que acarrea la pasión; pero dicha influencia pasional se reconoce verdaderamente y se hace presente hasta mucho después de que el

sentimiento amoroso ha surgido. Por ende, no puede entenderse esa convicción e inclinación por lo pasional como siendo únicamente una despotenciación, ya que la mirada romántica sobre el asunto pone sobre la mesa la alternativa de considerar la pasión amorosa como siendo un tipo particular de potenciación que en el caso de Werther, lo mueve con persistencia en el intento de ver realizado su propósito vital más inmediato: la posesión efectiva de la mujer amada. La particularidad de su situación radica en que ese afán de plenitud en su caso, se llegaría a hacer posible sólo mediante la posesión cuya sensación fugaz de haber alcanzado el mencionado propósito desaparece tan rápidamente como tuvo lugar.

Con todo, no se puede encontrar en su camino rastro alguno de esto, es decir, que no pudo haber una posesión de facto de la mujer deseada; situación de la que ya tenía conocimiento desde un principio. Aun así, Werther se mantuvo con persistencia en el intento de conseguir aquello que quería al tratar de asignarle una condición de positividad para sí en la medida en que se le opuso. Muy presumiblemente es la oposición en cuestión que se mantuvo permanentemente la que lo obliga a dar el salto; la que lo obliga a optar por el suicidio como resolución final, como único camino de salida para saldar de modo concluyente todo cuanto se hizo o se dejó de hacer.

CAPITULO 2

EL SUICIDIO WERTHERIANO

Sería muy fácil ahora argüir que la resolución de Werther de optar por el suicidio es una consecuencia inmediata del amor no correspondido, si nos ubicamos en el nivel de lo dicho anteriormente y lo situamos como una de las principales causas que se puedan instituir como desencadenantes de tal acto. Y aunque no sea posible de ningún modo eludir esta circunstancia, la atención debe estar dirigida al intento de elucidar de acuerdo a la orientación indicada en las paginas anteriores, si en verdad esa conclusión tan evidente es la más acertada o si por el contrario, responde a otros móviles. ¿Ha de suponerse inexpugnablemente que la oposición entre ese anhelo infructuoso de posesión y la persistencia en el mismo, o en términos ya expresados, ese juego trágico-heroico de constante afirmación y negación, es el fundamento de esa acción desesperada? ¿Puede en realidad calificarse de ésta forma en la medida en que se sale del balance existente en la “comuni3n” de los dos elementos arriba mencionados? Y si efectivamente es así, si sobreviene el quiebro al juego dialéctico quedando con ello a la vista solamente una perspectiva trágica ¿es dable sostener entonces que eso trágico-heroico viene a ser reemplazado por una total presencia del elemento absurdo, de tal suerte que, se convierta éste último en el fundamento del salto definitivo?

En este orden de ideas, se vuelve necesario esclarecer en cierta medida cual sería la naturaleza de lo absurdo y el trance de su desarrollo a fin de observar si es factible situarlo como conector entre el pensamiento individual de Werther y su posterior suicidio. La referencia más detallada de ese elemento problemático nos la da el autor Camus a cuyo juicio “Un acto como ese se prepara en el silencio del corazón, lo mismo que una gran obra. El mismo hombre lo ignora. Y una noche, dispara o se arroja al vacío” (Camus, 1942, pp.14-15). Mas sin embargo, y aunque pueda parecer bastante enrevesado para los efectos del tema aseverar que existe un desconocimiento tácito de lo que le acontece a quien decide arrojarse en los brazos de la muerte, resulta que este proceder representa desde la perspectiva a abordar, la confesión definitiva de la superación de la vida con respecto a nosotros como también del poco conocimiento que de ella tenemos, o en otros términos, de la penosa carga que significa llevarla consigo. Esto conduce a su vez, necesariamente, ante la presencia de un tipo de pensamiento que se ha preocupado por

evaluar en cierto punto la situación de la existencia en el mundo, que se hace crítica en cuanto se encuentra en una situación límite. Tal extremo de la cuestión termina por poner en tela de juicio la “costumbre” que hasta la aparición de ese punto crítico, había conducido al individuo sin preocupación o inquietud alguna por el sendero de la existencia, pues durante el transcurso de la misma “cogemos la costumbre de vivir antes de adquirir la de pensar” (Camus, 1942, p.18). El momento en que el mundo pierde significación por la ruptura de tal costumbre, provocando el extrañamiento del hombre que comienza a reflexionar, sembrando con ello el germen de la desazón, se constituiría como lo que se denomina un sentimiento de lo absurdo. Y en esta forma, aunque levemente indicada, se empieza a anunciar la conexión que habría entre éste sentimiento y una “aspiración a la nada” que ha de traducirse en la muerte.

Luego, trasponiendo un tanto estos datos, un divorcio entre Werther y su vida es lo que puede colegirse del sentimiento de lo absurdo. La familiaridad del mundo hasta entonces conocido se vuelve borrosa en el instante en que éste pierde toda esa claridad presupuesta gracias a la revolución desatada, la cual ocasiona que las “ilusiones” con las que se explicaban los objetos en él inmersos, se derrumben.

Pero más que establecer un tipo de conocimiento del mundo en sí que termine por ser puesto en duda, lo que le interesa a Werther es no solamente mantener su visión del mundo, también, y como un referente permanente, se preocupa por acercarse de forma plena a la naturaleza en la que hasta entonces (antes de la aparición de la crisis) encontraba un excelente refugio para adentrarse en los más profundos recodos de su ser y su pensamiento.

Aunque no se trata aquí de postular si la visión que del mundo tiene adolece o no del carácter ilusorio con que supuestamente se entiende de ordinario a aquel, es preciso anotar que mantiene una prudente distancia con respecto a los eventos del mismo esperanzándose (si cabe hablar de esperanza) en la sola naturaleza para buscar ese estado de plenitud absoluta, y todo cuanto pueda enriquecer su vida personal ante sus anteriores fracasos y desasosiegos:

Desde la inaccesible montaña y el desierto que ningún pie ha pisado aún, hasta la última orilla de los océanos desconocidos, lo anima todo tu espíritu del eterno creador, gozándose en estos átomos de polvo que viven y le comprenden. ¡Ay cuántas veces deseaba entonces, con las alas de la garza que pasaba sobre mi cabeza, trasladarme a las costas de ese inmenso mar para beber en la espumosa copa de lo infinito

dulcísimas delicias y sentir, aunque sólo fuera por un momento, en el espacio estrecho de mi seno una gota de la felicidad del ser que todo lo engendra en él y por él. (Goethe, 1999, p.55)

Aun cuando esta intención es muy precisa, tal sublimidad de consideraciones no podría intervenir en el nacimiento de lo que se configuraría como un mundo absurdo para el que se reivindica un comienzo simple. En un encuentro tan determinado como el expuesto no puede aparecer lo absurdo en su “desolada desnudez”. Antes de verse ese mundo como tal, lo que se presenta es una sensación o sentimiento del absurdo inicial, y en cuanto que es un sentimiento anima ciertos actos y supone una actitud espiritual consecuentes con él, una vez que se ha puesto en marcha; aspectos que serán iluminados en lo sucesivo. Pues bien, es así que, por un particular movimiento de la conciencia se termina el individuo por encontrar ante la crucial pregunta del “*por qué*”, ocasionando que la solidez de una vida exenta de cuestionamientos se tambalee. Pero no se trata de que el individuo que cae en un trance de esta naturaleza opte voluntariamente por darse a una búsqueda de lo absurdo, como si fuera otro interés aislado entre todas sus posibles consideraciones, al contrario, esa sensación puede presentarse súbitamente en cualquier momento con la intervención de al parecer ciertos factores precedentes acumulados que se han ido acrecentando inconscientemente en su interior durante el transcurso de su existencia y por ende, son para su mayor preocupación; en definitiva, lo que hace la conciencia es continuar el proceso de apertura. Habiendo iniciado, es claro que las ilusiones o los decorados con los que se enmascara una imagen explicativa del mundo se vienen a pique toda vez que esos factores todavía en suspensión se precipitan hacia una claridad meridiana que promueve un síntoma de incomodidad. Dicha incomodidad abre la puerta para que aquel se ocupe de replantear todo aquello que tiene dado por verdadero:

...durante todos los días de una vida sin brillo, el tiempo nos lleva. Pero llega siempre un momento en que hay que llevarlo a él. Vivimos hacia el futuro: “mañana”, “más adelante”, “cuando te labres una posición”, “con el tiempo lo entenderás”... No obstante, llega un día y el hombre comprueba o dice que tiene treinta años. Afirma así su juventud. Pero al mismo tiempo se sitúa con relación al tiempo. Ocupa su lugar en él. Reconoce estar en cierto momento de una curva que confiesa que debe recorrer. Pertenece al tiempo y, en el horror que lo atrapa, reconoce a su peor enemigo. Mañana, ansiaba el mañana, cuando todo él hubiera debido rechazarlo. (Camus, 1942, pp.25-26)

Gracias a ese “despertar”, a ese nuevo resplandor que toman las circunstancias, el individuo es capaz de hacer un alto en su camino hasta ahí recorrido desengañándose del entendimiento que hasta el momento creía tener del mundo, pero también alcanza a entrever, en adelante

angustiosamente, que la extrañeza perceptible en su singularidad se extiende en igual modo al todo circundante. Por la brecha que se ha abierto llega directamente a comprobar la hostilidad radical que subyace en el fondo de la naturaleza, dándose cuenta de que en su infinita complejidad cada una de sus partes puede negar la condición humana. “La primitiva hostilidad del mundo asciende, desde el fondo de los milenios, hacia nosotros. Durante un segundo ya no lo entendemos, pues durante siglos no hemos entendido en él sino las figuras y dibujos que previamente le aportábamos, y ahora nos fallan las fuerzas para usar ese artificio” (Camus, 1942, p.26). Una vez más, la familiaridad proporcionada por la costumbre irreflexiva se desvanece al instante en tanto que ya no es útil, como antes, revestir la significación del mundo con las creaciones propias para asegurarse tranquilidad, de tal suerte que, no es posible entenderlo mientras que se escapa de entre las manos por la ruptura que ha tomado lugar con respecto a esa concepción que se ha dejado atrás.

En un espectro más amplio lo que se trata de poner en escena en el contexto de la referida obra de Camus, es la problemática a la que a su parecer, se ve sometido invariablemente el conocimiento desde la perspectiva del método científico como la forma de pensamiento que se ha empleado más frecuentemente en aras de acercarse a la aprehensión de lo real. Cuando la cortina de la “verdad” ha caído por intervención de la aludida ruptura, lo que se alza a la vista son las contradicciones ineludibles con las que tiene que habérselas el espíritu del hombre a cada paso que quiera dar. Lo que se hace actual a partir del reconocimiento de tales condiciones es un apremiante apetito de claridad y comprensión; y en efecto, es este deseo de claridad lo que mantiene presentes las contradicciones de aquella perspectiva que ha dicho del mundo a su manera pero que en definitiva, no alcanza a satisfacer las que parecen ser unas muy diferentes y más humildes exigencias del hombre, pues como él mismo dice “Las suaves líneas de estas colinas y la mano de la tarde sobre este corazón agitado me enseñan mucho más” (Camus, 1942, p.33).

Con lo anterior, se deriva consecencialmente el hecho de que lo tocante al plano de lo espiritual no podrá ser esclarecido con arreglo a las enseñanzas acumuladas por la experiencia del conocimiento pretendidamente racional; ello en virtud de que no admiten la verdadera condición de sometimiento en la que se encuentra el espíritu. Lo que se da a partir de aquí, es el

encauzamiento del individuo en dirección a asumir esos fracasos continuados como inoperantes para llenar satisfactoriamente el abismo existente en su interior. Entonces, al fracasar desde su mirada la explicación del mundo hasta entonces aducida por el pensamiento científico, se aparece nítidamente frente a él la irracionalidad del mundo que aprecia por doquier, mundo el cual guarda silencio ante la llamada de claridad que se le dirige, surgiendo de tal confrontación lo absurdo en cuanto puente que los une.

Así pues, un tipo de vida como la presupuesta como espacio propiciatorio para el aparecer de lo absurdo, una vida maquinal, no es adjudicable a Werther. Al intervenir ese porqué al final de un ciclo repetitivo todas las fatigas acumuladas se agudizan y la conciencia del asunto se hace más clara. Con relación a este punto lo único que se puede apreciar en él es la afortunada empatía con un ambiente adecuado que le ocasiona cierta tranquilidad de espíritu y le permite ir construyendo esa relación de cercanía con la naturaleza por la que tanto se esfuerza

Por lo demás, aquí me encuentro perfectamente. La soledad de este paraíso terrenal es un precioso bálsamo para mi alma, y esta estación juvenil consuela por completo mi corazón, que con frecuencia se estremece de pena. Cada árbol, cada planta es un ramillete de flores, y siente unos deseos de convertirse en abeja, para revolotear en esta atmósfera embalsamada, sacando de ella el necesario alimento. La ciudad propiamente dicha es desagradable; pero en sus cercanías brilla la naturaleza con todo su esplendor.
(Goethe, 1999, p.7)

La referencia es muy clara y ya se había señalado: en su situación inicial goza de la claridad para ver adecuadamente como opera el entorno social con el que tiene contacto. Con todo y ello, no se encuentra con un problema referente al conocimiento humano, sólo se enfrenta a un determinado ámbito existencial con el que chocan sus convicciones; luego, habría que ir un tanto más allá en aras de rastrear los indicios que permitan afirmar que en efecto se da un sentimiento de absurdidad en él; con el subsiguiente esclarecimiento acerca de si se mantiene o escapa del mundo absurdo que se deriva y configura a partir de aquí.

Me encuentro ahora ante la necesidad de señalar muy puntualmente, si existen esas semillas a partir de las cuales se pueda precipitar el nacimiento de la sensación del absurdo mucho antes del conflicto desatado por el amor, o si por el contrario, hay que desechar tal opción y atribuirlo todo a la ya mencionada problemática amorosa. Ahora bien, como ya se sugirió unas pocas

líneas arriba, un hecho llamativo es la evidente ausencia de una ocupación ciega que someta férreamente la voluntad de modo permanente dejando así a un lado la posibilidad de entablar la reflexión que se haga cargo de un cuestionamiento propio. Es decir, que en Werther, aunque se halle dedicado a las labores del intelecto prima una acuciante pasividad por él reconocida que se enraíza fundamentalmente en su exaltada disposición sensitiva en virtud de la cual, se complace en el abandonarse contemplativamente a las visiones que lo natural le prodiga. Sus cualidades no albergan al punto mayor complejidad, pero hay que resaltar que es precisamente en medio de esa pasividad sugerente, y a causa de su cultivada capacidad intelectual, que le resulta bastante cómodo y útil entrar en el ámbito de la reflexión.

En este sentido es para él inevitable construir pensamientos sobre el mundo, los cuales solamente tienen por objeto poner en evidencia las condiciones lamentables en que se encuentra y que aprecia por doquier:

Cuando considero los estrechos límites en que están encerradas las facultades intelectuales del hombre; cuando veo que la meta de nuestros esfuerzos estriba en satisfacer nuestras necesidades, que estas sólo tienden a prolongar una existencia efímera; que toda nuestra tranquilidad sobre ciertos puntos de nuestras investigaciones no es otra cosa que una resignación meditabunda, y que nos entretenemos en bosquejar deslumbradoras perspectivas y figuras abigarradas en los muros que nos aprisionan; todo esto, Guillermo, me hace enmudecer. Me reconcentro en mí mismo y hallo un mundo dentro de mí; pero un mundo más poblado de presentimientos y de deseos sin formular, que de realidades y fuerzas vivas. (Goethe, 1999, p.12)

Aunque sería muy precipitado afirmar que esto es un signo ineludible de un inevitable advenimiento de la sensación de absurdo, no deja de percibirse que esa incomodidad ante tales evidencias expresa en el fondo la falta de sentido que hace nacer a aquella. Pero aun así, esas observaciones no poseen aun el carácter de la desesperanza (no referente a la desesperación) que caracteriza al hombre absurdo, mas cuando la disensión requerida entre éste y su propia vida no es todavía perceptible en nuestro personaje. Y ello gracias a que aun con todas las objeciones que se oponen a las convicciones y pensamientos que lo guían, mantiene además de un completo conocimiento personal y aguzado sentido crítico de lo real, una considerable confianza en sí mismo y la orgullosa seguridad de saberse en último término distinto de los otros y con ello, levemente superior en virtud de las capacidades que observa en él.

Sopesando un poco las cosas hasta el momento dichas, se hace patente que no muchas de las circunstancias expuestas con relación al surgimiento del absurdo se adecuan en lo acontecido a Werther dentro de lo que sería un marco de normalidad o regularidad vivencial. La entrada en el espacio del pensamiento que es crucial para un despertar del “sueño de lo real” y un posterior contacto con lo absurdo, no se da en la manera requerida, en tanto que para él ya es familiar sin la intervención de un “*por qué*” en donde se someta a juicio el camino recorrido por quien se plantea la pregunta, exceptuando, eso sí, las certidumbres que tiene de su conformación particular, las cuales asume en toda su dimensión y con todas sus implicaciones. La tentativa de considerar si esa conciencia tan firme no ha dejado ya atrás las ilusiones que enturbian la claridad de la razón no entra a jugar aquí, en vista de que la seguridad que Werther tiene de su propia vida y la manera en cómo se conduce por ella es muy evidente; si ello es o no correcto, no cabe determinarlo aquí. De tal suerte que, hasta este momento, por lo menos, lo que puede asegurarse es que existe una suerte de camino y de elementos preparatorios que terminarán desembocando ineludiblemente en lo absurdo.

Teniendo en cuenta lo anterior, surge entonces la necesidad de considerar ahora estos aspectos en el plano de lo generado por el sentimiento amoroso. No vale la pena pues, volver a señalar los movimientos erráticos que se ejecutaron, ni las contradictorias consideraciones que estableció una vez que fue alcanzado por la influencia del amor que se debatía entre la más pura felicidad y la más angustiante preocupación; basta sólo con señalar uno o dos hechos relevantes que manifiestan ese gran cambio. Ante todo, en el estado de amante en que se encontró después, Werther perdió la tranquilidad que encontraba en un permanecer entregado a sus agudas reflexiones sobre las cosas del mundo y sobre los sujetos presentes en él. Continúa pensando sobre sí mismo, efectivamente, pero con la novedad de que lo hace en relación con un Otro, esto es, la mujer amada; y cuyos pensamientos adquieren por instantes un carácter sombrío.

Solamente puede concebir la felicidad que lo llena y ocasiona que todo brille a su alrededor aun con las falencias que observa, hasta el momento en que debe reconocer que sus pretensiones no pueden ser llevadas a feliz término. Una vez ocurre esto, su anterior seguridad se troca en confusión ya que no entiende cómo es posible que se encuentre en tal situación, ni por qué se ha comportado de la forma en que lo ha hecho sin lograr ponerse freno a pesar de saber con

precisión cómo se ha conducido, más aun, no comprende por qué no se le facilita la posesión que se propone como objetivo y a causa de qué debe resignarse a perseguirla; todo ante lo cual afirma “No sé hoy nada que no supiera antes de la llegada de Alberto; no ignoraba que no debía formar ninguna pretensión respecto a Carlota y tampoco la había formado..., quiero decir que únicamente sentía lo que es inevitable sentir al contemplar tantos hechizos... Estoy que bramo, y mandaré a paseo a todo el que diga que debo resignarme, y que esto no podía suceder de otro modo... ¡Vayan al diablo los razonadores!” (Goethe, 1999, p.45).

Y un aspecto más grave todavía considerando su situación, es el cambio rotundo en su apreciación de la naturaleza que representaba un resguardo momentáneo de sus pasados infortunios y del dolor que ahora lo agobia:

¿Es preciso que lo que constituye la felicidad del hombre sea también la fuente de su miseria? Este sentimiento, que llena y rejuvenece mi corazón ante la vivaz naturaleza, que vierte sobre mi seno torrentes de deliciosas dulzuras y convierte en un paraíso el mundo que me rodea, ha llegado a ser para mí un insoportable verdugo, un espíritu que me atormenta y que me persigue por todas partes... Parece que se ha levantado un velo delante de mi alma, y el inmenso espectáculo de la vida no es a mis ojos otra cosa que el abismo de la tumba, eternamente abierto. ¿Podrás decir “esto existe” cuando todo pasa, cuando todo se precipita con la rapidez del rayo, sin conservar casi nunca todas sus fuerzas, y se ve, ¡ay!, encadenado, tragado por el torrente y despedazado contra las rocas? No hay momento que no te consuma, que no consuman los tuyos; no hay un momento en que no seas, en que no debas ser destructor: tu paseo más inocente cuesta la vida a millares de pobres insectos; uno solo de tus pasos destruye los laboriosos edificios de las hormigas y sumerge todo un pequeño mundo en un sepulcro... lo que me roe el corazón es la fuerza devoradora que se oculta en el fondo de la naturaleza, y que no ha producido nada que no destruya cuanto le rodea y no se destruya a sí mismo. De este modo avanzo yo con angustia por mi inseguro camino, rodeado del cielo, de la tierra, y de sus fuerzas activas: no veo más que un monstruo ocupado eternamente en mascar y tragar. (Goethe, 1999, pp.55-56)

El sentimiento que Werther tenía para con la naturaleza, en tanto que creía poder hallar un estado de absoluta plenitud y comunión, se ha trocado en algo molesto que lo atormenta. Este continuo reflexionar sobre su situación actual que luego se extiende a lo circundante, lo hace caer en la cuenta de la paradoja al parecer insoluble de la mencionada relación. De ella ha logrado extraer un provechoso influjo instaurado con base a las diferentes impresiones que la contemplación y el acercamiento han generado en su espíritu. Estas diversas situaciones y sensaciones las evoca en el recuerdo para figurarse una visión más amable de las cosas; con la naturaleza ha logrado establecer un vínculo constructivo de un carácter universal que termina por revelar en su diario vivir, en su vivir particular, su otra faceta (destruktiva) que se despliega con

una evidencia creciente ante sus ojos y su razón. La inicial sensación de comodidad permanente deja con su caída un rastro de dolor ante el reconocimiento efectivo de la presencia de lo trágico que se encuentra en el fondo del mundo y de la naturaleza.

Detengámonos un poco para mirar más de cerca lo que hay en estos hechos mencionados. ¿Qué elementos se pueden posicionar como integrantes de lo absurdo? Primero que nada, la absoluta toma de conciencia de la fractura que se ha producido entre el mundo y el espíritu de Werther; claro que no se trata en este punto de lo que se hablaba antes, de la confrontación de la irracionalidad de aquel y la exigencia de claridad interpuesta por el individuo, antes bien, de lo que se trata aquí a partir de tal reconocimiento es el compromiso, que ahora se ha hecho más fuerte, de mantener la apuesta por el patrón que lo ha guiado en sus acciones, esto es, el que avala las inclinaciones a lo emotivo, lo pasional, y que se evidencia por lo que sigue:

¡Pasión! ¡Embriaguez! ¡Demencia! ¡Todo esto es letra muerta para vosotros, impasibles moralistas! Condenáis al borracho y detestáis al loco con la frialdad del que sacrifica, y dais a Dios, como el fariseo, porque no sois ni locos ni borrachos. Más de una vez he estado ebrio, más de una vez me han puesto mis pasiones al borde de la locura, y no lo siento, porque he aprendido que siempre se ha dado el nombre de beodo o insensato a todos los hombres extraordinarios que han hecho algo grande, algo que parecía imposible. Hasta en la vida privada es insoportable ver que de quien piensa dar cima a cualquier acción noble, generosa, inesperada, se dice con frecuencia: “¡Está borracho! ¡Está loco!” ¡Vergüenza para vosotros los que sois sobrios, vergüenza para vosotros los que sois sabios!. (Goethe, 1999, pp.49-50)

Entonces, de todo lo anterior puede deducirse que no hay meramente una conciencia de la disensión que permite la entrada definitiva de lo absurdo en la vida del individuo, sino que también hay, en adelante, una asunción plena de ese destino que empieza a cernirse con toda seguridad sobre él. Esta reclamación contra quienes tienden a sutilizar las elevadas consideraciones que se pueden encontrar en alguien que procede de tal forma, es la puesta en escena de una rebelión que se niega a aceptar valoraciones contrapuestas. Pero sólo llega hasta ahí. ¿Por qué? La experiencia del absurdo exige o presupone como ya se ha visto, la claridad acerca del irresoluble conflicto *que se debe mantener* entre lo que el individuo quiere y lo que el mundo le ofrece. Mediante este hecho, lo absurdo desencadenado toma la categoría de una razón lucida (así la denomina el autor) que es capaz de comprobar sus límites. Por la comprobación misma, el individuo del absurdo se hace con la visión verdadera de la situación de opacidad que

subyace al mundo, oponiendo con ello, la rebelión metafísica o del pensamiento que extiende esa conciencia a lo largo de su experiencia.

Abolir la rebelión consciente es esquivar el problema. El tema de la revolución permanente se traslada así a la experiencia individual. Vivir es hacer que viva lo absurdo. Hacerlo vivir es, ante todo, contemplarlo. Al contrario de Eurídice, lo absurdo sólo muere cuando se le da la espalda. Por eso una de las pocas posiciones filosóficas coherentes es la rebelión. Ésta es un enfrentamiento perpetuo del hombre con su propia oscuridad. Es exigencia de una imposible transparencia. Pone el mundo en tela de juicio en cada uno de sus segundos. (Camus, 1942, p.42)

Con la rebelión instaurada y su claridad recobrada, reafirma su intención de mantener ese destino terrible que hay en el horizonte sin el acompañamiento de esperanza o resignación alguna; motivos por los cuales tal experiencia, que no deja de tener un tinte angustiante, rechaza y toma distancia del suicidio en la medida en que éste representa un consentimiento explícito de las circunstancias adversas por descargar al individuo de la carga de su propia vida y de la opción de sostener la tensión y agotarla.

Ahora bien, al dejarse de lado la esperanza de que todas esas inconsecuencias lleguen a resolverse después, en un más allá, se ve revalorizado el estatus de la libertad, de la acción "...si lo absurdo aniquila todas mis posibilidades de libertad eterna, me devuelve y exalta, por el contrario, mi libertad de acción. Esta privación de esperanza y de futuro significa un acrecentamiento en la disponibilidad del hombre" (Camus, 1942, pp.75-76). A partir de aquí, el individuo opta por enfrentarse a los obstáculos que se encuentra con sus propias herramientas aun cuando no pueda calcular los resultados, y prescindiendo de las falsas ilusiones que lo hacían evadir el desafío de aquello que se le opone; muy al contrario de Werther cuya rebelión como ya insinué, viene siendo hasta el momento sólo la puesta en escena de un tipo de oposición que irá cobrando más fuerza cuando la experiencia del absurdo se haya posicionado de manera completa. Cuando se produce la fractura en donde lo que se deriva puede catalogarse como una pérdida del sentido, su pasividad se acentúa todavía más en cuanto que viene acompañada por "al parecer" una actitud de renuncia que dejaría de lado el enfrentamiento con la oscuridad que lo envuelve y al hacerlo, no puede deducirse otra cosa que el abandono de toda posibilidad de una acción que pueda llegar a asumir y transformar las condiciones que se presentan poniendo con ello sus anhelos de resolución en la muerte.

Todo esto es lo que a primera vista se alcanzaría a decir de la situación de Werther con relación a la experiencia del absurdo y sus implicaciones; y así mismo de lo que le atañe al hombre absurdo en cuanto tal. En esta forma entonces, vuelvo al punto principal acerca de si lo absurdo es el puente condicionante que une el pensamiento individual y la ejecución del acto suicida. Antes que nada, y como respuesta a uno de los primeros interrogantes, he de decir que el movimiento de la pasión que se caracterizó como trágico-heroico en tanto que oscila entre los polos opuestos de la posesión y desposesión, no da perfecta cuenta por sí sólo de la problemática planteada. Ello en razón de que no estaba presente desde el principio fustigando al personaje con el látigo de la contradicción, es decir, que si podemos hablar de la presencia de un juego de esa naturaleza en donde el individuo erija fuertemente su voluntad ante lo que intenta negar el propósito que le da sentido a su existencia, este ya viene siendo espoleado por la crisis del absurdo. Como el ciclo dialéctico no llegó a su cumplimiento puesto que la posesión nunca tuvo lugar, se sigue de esto lógicamente que el balance que justifica la superposición constante entre esos dos elementos queda eludido por completo no por la aparición del absurdo, antes bien, por la ineffectividad de su realización en el ámbito aludido. De tal forma que dicha oposición no alcanza a convertirse concluyentemente en el fundamento del suicidio.

Ahora bien, la experiencia del absurdo permite plantear una cuestión de considerable relevancia en lo que toca a su correspondencia, y esta es, la pérdida del sentido que hay que tamizar de un modo distinto. A primera vista, pareció que nada más existían unos puntos confluentes entre la ya explicitada experiencia y lo acontecido a Werther en relación a ella, y que ineludiblemente se manifiesta con todo su vigor en medio de la problemática amorosa, no antes.

Y aunque es muy evidente, también lo es el que hay todo un camino preparatorio que se agolpa en su terminación con la completud de las partes acumuladas en el plano particular de ese sentimiento despertado, o en otros términos, lo absurdo hace aquí su aparición. La diferencia que me interesa resaltar es la siguiente: quedó claro cuál era la intención de Camus al describir el tipo de actitud que caracteriza al hombre absurdo una vez que ha conseguido iluminar tal elemento.

En esencia, el objetivo radica en desmarcar al individuo desengañado de una condición reconocida como negativa para asumir otra diferente sustentada en una visión verdaderamente atenta de las circunstancias. Ante ese “abandono” se revaloriza el estatuto de la existencia particular, y de la reflexión que ahora hace ver el absurdo como la autentica e insoslayable guía de una manera nueva de proceder.

Desde la otra perspectiva, es decir la de Werther, se aprecia un movimiento del todo distinto; su entrada en el mundo de lo absurdo no se da por el abandono de una condición cuyo fundamento era erróneo. Claro que sí se resquebraja y desestabiliza su vida pero no la significación del mundo que ha construido con arreglo a ella y que se ha impuesto a sí mismo como una especie de norma de acción. Lógicamente si se derrumba la vida o el decorado que el individuo ha arrastrado por largo tiempo, debería hacerlo en igual modo la visión del mundo que haya construido. Resulta que en tales circunstancias quien despierta del sueño cotidiano, es porque adolecía anteriormente de la inutilización de su reflexión y su pensamiento y por ende, no se preocupaba por el sentido verdadero de las cosas, antes bien, su atención se encontraba dirigida al esfuerzo de mantener la tranquilidad que le prodigaba la asignación de sentidos ilusorios a las mismas. “Un mundo que podemos explicar, aunque sea con malas razones, es un mundo familiar. Pero en cambio en un universo privado de pronto de ilusiones y de luces, el hombre se siente extranjero” (Camus, 1942, p.16) dice el autor, refiriendo con ello la angustia que termina por apoderarse de aquel que comprueba cómo lo que se figuraba consistente se desmorona en un instante. En el caso que nos ocupa, no existe un sueño cotidiano previo que entrañe consideraciones de tipo falso, siendo esto lo que constituye la novedad. La situación anterior al advenimiento del conflicto es buena en términos demasiado generales, la subsiguiente marcada por lo absurdo, no. Pero esto no es lo que enseña la experiencia de éste último. La aparente negatividad que toma forma por el fracaso de un propósito no debe entenderse así, al contrario, es la configuración de una nueva realidad que debe agotarse por completo en cuanto da trámite a otras posibilidades. Vivir en ese mundo o abandonarlo es la problemática que se presenta, Werther se mantiene en él hasta cierto punto asumiendo la actitud propia del hombre absurdo. Rebelión, libertad y pasión son los tres aspectos que definen tal actitud.

El primer aspecto va unido al momento de la conciencia y no puede darse si no es por ella. La clarividencia y la atención excesiva por lo que surge en derredor es a lo que se apega con firmeza. Es en este sentido del conocimiento preciso del conflicto que surge la rebelión, el rechazo. Y es algo que se aprecia con sencillez en Werther, puesto que cada paso, cada pensamiento o acción ejecutada por la influencia de la tensión ha sido evaluada con todo detalle aun cuando no lo parezca. Con la claridad conseguida se pasa a tomar parte activa en el desarrollo de la situación eliminando de plano la resignación que cabría ante un destino que parece ineludible. Por ello se llena de indignación contra los que so pretexto de estar aduciendo argumentos racionales, propongan la resignación como la única y más fácil ruta de salida a la contradicción; esa por lo menos no es una opción. Y al no serlo, se aúnan en adelante en una sola dirección la libertad de acción que no tiene en cuenta en lo absoluto la posibilidad de una postergación o de un mañana resolutorio, y la pasión que compromete de lleno toda una vida al mantenimiento obstinado de una condición trágica en su esencia. Así, lo absurdo se une a lo trágico para complementarlo formando una dupla que da una mirada distinta a lo que se considera negativo, dañino e infructuoso¹.

Aunque no se trata de una pérdida propia, lo absurdo surge porque al parecer no hay un sentido convincente en nada y se ve por doquier la necesidad de crear uno. La manera egoísta de conducirse los hombres en el mundo, su persistencia de entrar en disputas inútiles que tienen por objeto el perjuicio del otro, hacen que se reafirme esa certidumbre. Pero aquella necesidad viene motivada por la confrontación que ya se ha entablado entre esa falta de un sentido satisfactorio, y su particular visión de las cosas que para él representa una mejor opción “No hay nada que me disguste tanto como ver a los hombres martirizarse unos a otros, sobre todo cuando en la flor de la edad, pudiendo abrirse fácilmente los corazones a todos los deleites del contento, pierden por

¹ A diferencia de lo que sostiene Argullol a este respecto. Para él, lo trágico-absurdo se muestra por oposición negativa a lo heroico-trágico en tanto que eje central de la temática de la contradicción. En medio del relativismo de la época con la que se encuentra el héroe romántico, en la cual no existen incentivos que lo muevan a llevar a cabo magnos objetivos prometeicos, y en la que no existe una conducta moral con arreglo a la cual pueda medir la suya propia, no le sirve ya de nada levantar en tono desafiante la voluntad de su Yo para oponerse a la relativización de la realidad, puesto que lo trágico mismo que buscaba la exposición de su condición desventajosa ante el Destino ha sido inmovilizado y ha perdido toda su influencia, y al hacerlo, no deja más que un camino sin salida posible. Esta sin salida ilustra la ausencia de actividad que viene a caracterizar aquí a lo absurdo acechante, el cual elimina lo heroico e inutiliza la voluntad dejando los opuestos anulados al invitarlo a la pasividad.

tonterías aquellos días hermosos, sin percatarse hasta muy tarde de que semejante prodigalidad no tiene reparación posible” (Goethe, 1999, p.33). Ideas como ésta son las que se contraponen a las comunes consideraciones de los demás, que no ven en esto otra cosa que un afán injustificado de llevar a su extremo la fundamentación de acontecimientos cotidianos que se saldarían de manera más circunspecta; como por ejemplo, la justificación que hace acerca del comportamiento del individuo que decide suicidarse. Réplica tras réplica es lo que encuentra al paso de cada acción y consideración suya que se caracterizan por traspasar el límite de lo que se considera racional.

En el fondo esa propensión de ir más allá, de transgredir, no es otra cosa que una apuesta que se juega cada evento al todo o nada. Sin embargo ¿por qué el suicidio? De conformidad con la experiencia del absurdo se presenta aquí una contradicción, ya que el primero no es bajo ningún punto la consecuencia lógica del segundo y en cuanto es asumido el absurdo, matarse supone abandonar la dignidad de su condición eludiendo la lucha. Pero dije antes que Werther se mantenía hasta cierto punto en el mundo absurdo, luego lo abandona y viene la muerte. La figura romántica del suicida que aquí se presenta tiene un elemento primordial que es el único que me interesa resaltar, el cual es la posibilidad de considerar la autodestrucción personal como siendo una condición positiva. De otro lado y a modo de aclaración, es posible que se pueda preguntar si existe verdaderamente en lo expuesto en la parte final del capítulo anterior en relación a la figura del enamorado, la intención de alcanzar un sueño de “infinitud” mediante la pasión amorosa; y aunque sí se habló de un estado de plenitud no me parece conveniente trabajar con esa idea de infinito, ni menos aun, tomar el ideal de amor como un puente que permitiría en cierto momento llegar a esa meta; dejo este aspecto de lado en aras de evitar la complicación de lo ya escrito.

De modo pues, que lo importante es la nueva visión que toma la muerte “...concebida antes como el vacío que acecha la vida, ahora lo es como reafirmación de la esencia de la vida ante el vacío de la existencia. *La angustia del ser-para-la-muerte se transforma en el ambiguo gozo del morir-para-ser*” (Argullol, 1982, p.307). Hasta antes del acto suicida la balanza entre lo heroico y lo trágico se encontraba en equilibrio, pero cuando la contradicción termina por desestimar tal equilibrio, entre otros aspectos podríamos decir, por la aparición del absurdo, se produce el convencimiento del sacrificio propio. Inclusive mucho antes del convencimiento efectivo de la

apuesta que habría de hacer por el suicidio, Werther cuenta con una reveladora concepción del mismo que no es en absoluto de talante negativo. Para él, tal consideración cala en la necesidad que hay de conocer en medida exacta la extensión de las propias fuerzas poniéndolas a prueba “...si los esfuerzos son la medida de la fuerza, ¿por qué un esfuerzo supremo ha de ser otra cosa?” (Goethe, 1999, p-50) le pregunta al sujeto con quien dialoga. En un caso como éste, la naturaleza humana es llevada hasta sus límites traspasados los cuales tiene que derrumbarse. Con lo cual la cuestión se centra en dirimir si el hombre es capaz de soportar la extensión de lo malo que le acontece. Paradójicamente el caso más representativo presentado por Werther es el de aquel a quien súbitamente atrapa una pasión, privándolo de su juicio y voluntad hasta el punto de su perdición. En este trance, razón y emoción se contraponen ineludiblemente y del agitado choque de fuerzas no resulta más que una sin salida para la naturaleza, y entonces se opta por la muerte. Así le asegura a su interlocutor: “Amigo mío..., el hombre siempre es hombre, y el talento que tengan este o el otro sirve de poco, o más bien de nada, cuando al fermentar una pasión, la naturaleza se arroja a los límites de sus fuerzas” (Goethe, 1999, pp.52-53) denotando con ello la convicción en la inevitabilidad de lo que necesariamente ha de seguirse de tal condición.

De lo que precede puede estimarse entonces, que el suicidio es ese esfuerzo supremo que al permitirle medir la capacidad de lo que puede, lo convierte a la postre en dueño absoluto de sí mismo, de su identidad; con ello termina también por distanciarse definitivamente de la experiencia y el mundo del absurdo por descargarse de ese peso que es preciso que soporte. Más sin embargo y como ya se anotó, se mantuvo ahí hasta el momento en que la muerte se posiciono como una meta definida, ajena a la desesperación que le es inherente a aquel que se halla en la incertidumbre del proceder. De otra parte, aunque no sea posible asegurar concluyentemente que el amor por él sustentado, o en otros términos, el que reposa sobre el objeto de sus deseos que es la mujer amada, sea específicamente la materialización de esa Belleza esencial que por ejemplo puede ser vista como algo a rastrear en la relación sostenida con la naturaleza, o una construcción personalísima que proyecta sobre dicha mujer, si es dable afirmar que hay parte de idealización y abstracción en ello al entronizar su figura como referente que ejerce influencia permanente en cada evento que tiene lugar.

Y así retorna la pregunta por el sentido de su muerte voluntaria, ante lo cual dirá Benjamin: "...Werther debe matarse una vez que ha dejado que la sensualidad se apodere de él" (Benjamin, 1999, p.36). Esto podría ser cierto en algún grado pero erróneo en otro. En primer lugar podría ser cierto porque la línea que separa al impulso sensual del impulso ideal, llega por momentos a verse traspasada a favor del primero cuando una arrebatadora fuerza se apodera por momentos de Werther ocasionando que actué de un modo que puede calificarse como irreflexivo. Es erróneo en segundo lugar porque él no permite o no se entrega totalmente a la influencia destructora que entraña, es decir que intenta por todos los medios de mantener la apuesta por el primer impulso al que siempre se vio avocado. Claro que no hay que perder de vista el contexto en el cual realiza Benjamin tal enunciación. Quitarse la vida de modo voluntario obedece a un conflicto entre lo moral y lo sensual en donde el primero es sometido por el segundo que se convierte en el amo, aunque siempre ha de terminar siendo castigado por la naturaleza moral que mediante la muerte salva la libertad. Esta muerte es vista desde tal perspectiva como la mejor manera de hacer justicia a la contravención que se habría cometido al abandonarse a la influencia de lo pasional en detrimento de la dignidad de lo moral; sin embargo, como se vio anteriormente, lo moral no es aquí un patrón de medida, no existe una preocupación por la moralidad que pudieran contener o no sus acciones, inclusive las mas de las veces se va lanza en ristre contra los que se dan muy a gusto en defender preceptos morales; escudándose en ellos para llevar a cabo acciones que contrarían el valor de lo propiamente humano.

Pero ese "debe matarse" benjaminiano, su imposición, ya no es fiel aquí a la seducción que ahora asume la muerte. "Carlota no ve ni conoce que prepara por sí misma un veneno mortal para los dos, y yo llevo con voluptuosidad la copa fatal que ella me presenta" (Goethe, 1999, p.92); lo cual se encuentra sustentado claro está, en esa "clarividencia" que es muy propia por ejemplo de la actitud sisifiana y por ende, del hombre absurdo. Cabe recordar muy brevemente a titulo de complemento lo acontecido a Sísifo durante el ciclo de su castigo para explicitar la comparación con el caso Werther. Lejos de existir un interrogante acerca del por qué de un castigo que retorna incesantemente, se trata es de entender la implicación existente al asumir el mismo, al reconocerlo. Ella no es otra que la absoluta toma de conciencia que al tiempo que acentúa la tragicidad de su condición, le permite elevarse orgullosa y victoriosamente por sobre la misma al oponerle todo su desprecio. "Pero las verdades aplastantes desaparecen al ser

reconocidas” (Camus, 1942, p.158) dice Camus, esto es, al ser aceptadas enteramente haciendo de ellas un lugar familiar, algo que no se puede dar por descontado. Razón por la cual, la angustia de la crisis wertheriana a la postre se troca en complacencia por la oportunidad de entregarse en la acción al propósito por ella generado; el “gozo del morir para ser” no significa dejar las cosas sin realizar, antes bien, lo que debe entenderse es que en la perspectiva de lo trágico de la que nos habla Argullol, la rebelión se traduce en la asunción completa de las convicciones. Aunque pueda parecer erróneo el parangón, no lo es tanto si se mira con más detenimiento ya que tanto en el uno como en el otro, lo trágico estriba precisamente en la conciencia que han adquirido de su condición y en que ninguno consigue apartarse de la misma. Así que Werther se suicida porque en su rebelión y desprecio absolutos no puede renunciar precisamente a eso que aspira, a su ideal metafísico de amor, a su abstracción y construcción; es lo único y lo último a lo que se aferra aun cuando es por ello por lo cual se pone en la tensión vital más extrema.

CONCLUSIONES

1. Se puede dejar sentado en primera instancia que el carácter de potenciación o despotenciación que de conformidad con Platón adquiere el amor en cualquier momento, no se divide en igual forma dentro de la composición del Werther, es decir que esas 2 connotaciones las tienen conjuntamente ya este ya aquel tipo de amor del que se hable. Pero debe quedar absolutamente claro que en el contexto del escrito goethiano y del *Sturm und Drang* en general, no es posible asignarle bajo ninguna circunstancia tintes vulgares al amor o a cualquier otro afecto referido.

2. Así mismo queda fuera de duda la relevancia del suicidio no como algo en todo momento deseable, al contrario, como necesario en cuanto que se deriva directamente de la situación planteada. Aclaro. No por tratarse del amor exclusivamente debe suponerse que su fracaso o condición negativa derive inmediatamente en el suicidio. Es más por la relevancia que se le da a los sentimientos que lo que se sigue a partir de ellos DEBE ser llevado a su máximo desarrollo, a sus últimas consecuencias.

3. La presencia del juego dialéctico de lo trágico-heroico se observa con preponderancia y principalmente manifestado en lo que toca al amor. Como lo trágico mismo busca o tiene por objeto la mostración descarnada de la condición desventajosa del individuo ante el Destino, vemos que esa condición se hace más crítica cuando aparece el deseo de posesión y unión con la mujer amada cuya imposibilidad de cumplimiento desencadena la crisis. Ante ese muro impenetrable que parece interponerse entre el objetivo y quien lo anhela, el heroísmo de su actitud reside en la permanencia de su obstinación a no renunciar a perseguirlo, a dejar cada parte de sus fuerzas en el intento mismo. Sería algo mas difícil decir lo mismo acerca del suicidio, cuando en si mismo ya es una condición trágica toda vez que su profunda consideración como realidad ineludible se posiciona de manera clara en el pensamiento. ¿Cuál viene siendo entonces la enseñanza a este respecto? Si pudiere hablarse de un talante heroico del suicidio, tal no puede residir más que en esa resolución consciente y voluntaria de ejecutarlo en la convicción de que al asumirlo de tal manera, con hondo desprecio y no con resignación, se está elevando por sobre un destino que se muestra como terrible; está siendo superior a él.

4. Finalmente hay que situar como lo propio de este particular personaje, ese matiz activo que posee su pensamiento. Aunque no hay una impresión exacta de ello, no hay que negar que el pensamiento que se configura aquí tiene ese mismo ímpetu que determina a las pasiones. No sólo es crítico sino también apasionado y consecuente con las fervientes emociones que a cuya guía obedece.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

Argullol, R. (1982). *El Héroe y El Único. El espíritu trágico del Romanticismo*. Madrid: Taurus Ediciones.

Benjamin, W. (S.F.). *Dos ensayos sobre Goethe*. Tomo I (1974) compilado por Rolf Tiedemann y Hermann Schweppenhäuser. Barcelona: Editorial Gedisa.

Camus, A. (1942). *El mito de Sísifo*. Madrid: Alianza Editorial.

Platón. (2003). *Diálogos. Volumen 3: Banquete*. Madrid: Editorial Gredos.

Fedro. Obras completas (Ed.). (1871). Patricio de Azcarate, Tomo 2. Madrid.

Schopenhauer, A. (S.F.). *El amor, las mujeres y la muerte*. Recuperado de http://www.schopenhauer-web.org/textos/El_amor_las_mujeres_y_%20la_%20muerte.pdf

Goethe, J. G. (1999). *Werther*. Recuperado de <http://gonzalezserna.wordpress.com/2011/07/06/las-desventuras-del-joven-werther-de-j-w-goethe/>